—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos!..-

Esto duró diez minutos, tal vez un cuarto de hora. Luego María reapareció en su carretilla. Tenía el rostro desesperado y pálido, y sus hermosos cabellos atados en un mazo de oro, que el agua no había tocado.

No estaba curada.

Un estupor de infinito desaliento le había desencajado el rostro y apartaba la vista como para evitar la de Pedro, quien con el corazón helado, se decidió á empuñar el timón del carrito y la condujo nuevamente á la Gruta.

Y los gritos de los fieles, arrodillados, puestos en cruz, besando la tierra, continuaba con creciente locura, excitada por la aguda voz del capuchino:

—¡Señor, curad á nuestros enfermos!... ¡Señor, curad á nuestros enfermos?...

Al ser reinstalada delante de la Gruta, María sufrió un desmayo. En seguida, Gerardo, que estaba presente, vió acudir á Ramona con una taza de caldo. Uno y otra rivalixaron en celo cerca de la enferma.

Ramona, sobre todo, insistía en que tomase el caldo, sosteniendo la taza con aire mimoso de buena enfermera; en tanto que Gerardo pensaba que realmente era muy simpática aquella joven sin fortuna, experimentada en las cosas de la vida, dispuesta á dirigir con mano firme una casa, sin dejar de ser amable. Berthaud debía tener razón: era la mujer que necesitaba.

—Señorita, ¿quiere usted que la incorpore un poco?

—Gracias, caballero; tengo fuerza bastante... pero se lo haré tomar con la cuchara... irá mejor.

Vuelta en sí, obstínada en su hosco silencio, María rehusaba el caldo con el gesto. Quería que la dejasen tranquila; que nadie le hablase. Cuando los otros dos se hubieron alejado, sonriéndose, María dijo á Pedro con voz sorda:

—Y mi padre, ¿no ha venido?

Después de un momento de vacilación, el cura tuvo que confesar la verdad:

—Le dejé dormido y no habrá despertado.

Entonces María, recayendo en su anonadamiento, le dispidió á él también, con el gesto que adoptaba para rechazar todo socorro. Inmovil, ya no rezaba, sino que miraba fijamente con sus grandes ojos á la Virgen de marmol, la estatua blanca, en medio del resplandor de la Gruta.

Dieron las cuatro, y pedro se fué, con el corazón destrozado, á la oficina de los reconocimientos médicos, recordando la cita que le había dado el doctor Chassaigne.

IV.

El doctor Chassaigne aguardaba á Pedro delante de la oficina de los reconocimientos. Pero había allí un gentío compacto y febril, que espiaba á los enfermos que entraban, preguntándoles y aclamándoles á la salida, cuando se propalaba la noticia del milagro: un ciego que veía una sorda que oía, una paralítica que recobraba nuevas piernas.

Costóle á Pedro mucho trabajo atravesar aquel gentío.

—Y bien—preguntó al doctor;—¿vamos á tener algún milagro, pero verdadero, incontestable?

El doctor se sonrió, indulgente en su fe nueva.

—¡Ah! Los milagros no se hacen de encargo. Dios interviene cuando quiere.

Varios hospitalarios guardaban severamente la puerta. Pero tódos conocían al doctor, y se apartaron respetuosamente para dejarlo entrar con su compañero.

Aquella oficina en que se consignaban las curas, se hallaba muy mal instalada en un barracón de tablas, compuesto de dos piezas, una pequeña antesala y una sala común de reunión, bastante capaz.

Tratábase de mejorar aquel servicio, instalándole con más holgura el año venidero, bajo una de las rampas del rosario, donde se preparaba ya un vasto local.

En la antesala, cuyo único mobiliario, consistía en un banco de madera, Pedro vió a dos enfermas sentadas, esperando turno, bajo la vigilancia de un joven hospitalario.

Pero, cuando penetró en la sala común, sorprendióla el número de personas allí acomuladas mientras que el calor sofocante, condensado entre las paredes de madera, caldeadas por el sol, le quemaba el rostro. Era una pieza cuadrada, pintada de amarillo claro, desnuda, con una sola ventana, cuyos cristales habían sido blanqueados con cal, para que el gentío que se apiñaba fuera no pudiese ver nada. No se atrevían siquiera á abrir la ventana para que entrase un poco de aire, pues en seguida se asomaban una infinidad de cabezas curiosas.

Los muebles de aquella oficina se reducían á dos mesas de pino, de desigual altura, colocadas á lo largo, una pegada á la otra y desprovistas de tapete, un gran casillero, lleno de papeles, legajos, registros y folletos, unas treinta sillas de paja y dos sillones despellejados, para los enfermos.

El doctor Bonamy se levantó á recibir al Sr. Chassaigne, que era

una de las últimas y más gloriosas conquista de la Gruta. Encontró para él una silla, é hizo sentar también á Pedro, cuya sotana saludó.

Después de lo cual dijo, con su tono de gran cortesía:

—Mi querido colega, con su permiso, voy á continuar... Estábamos examinando esta señorita.

Tratábase de una sorda; una campesina de veinte años, que estaba sentada en uno de los sillones. Pero, en vez de escuchar, Pedro, muy cansado, con la cabeza que le zumbaba todavía, se contentaba con mirar procurando darse cuenta del personal que se encontraba allí. Habría unos cincuenta individuos, muchos de los cuales permanecían de pie, arrimados á la pared. Delante de las mesas había cinco: el jefe del servicio de las piscinas, en medio, consultando sin cesar un voluminoso registro; un padre de la Asunción y tres jóvenes seminaristas, que servían de secretarios, escribiendo y poniendo los registros en orden, después de cada examen.

Llamó particularmente la atención de Pedro, el padre Dargelès, de la Inmaculada concepción, redactor jefe del *Diario de la Gruta,* que le habían enseñado aquella mañana. Su figurita delgata, de ojos obliquos, nariz puntiaguda y boca fina, se sonreía siempre. Estaba sentado modestamente al extremo de la más baja da las dos mesas, y de vez en cuando, tomaba notas para su periódico. Era el único de la Congregación que se dejaba ver durante los tres días de la peregrinación nacional. Pero detrás de el se adivinaban todos los demás como una fuerza lentamente acrecentada y oculta, que todo lo organizaba y recogía.

La concurrencia se componía de muchos curiosos y testigos, unos veinte médicos, y algunos curas. Estos médicos, procedentes de todas partes, guardaban casi todos un absoluto silencio. Algunos se aventuraban á hacer algunas preguntas; y cambiando á las veces miradas obliquas, parecían más ocupados en observarse entre sí, que en atestiquar los hechos sometidos á su examen. ¿Quienes serían? Pronunciábanse nombres enteramente desconocidos. Uno sólo había causado una viva emoción: el de un célebre doctor de una Universidad católica.

Pero aquel día, el doctor Bonamy, que no se sentaba nunca, dirigiendo la sesión, interrogando á los enfermos, guardaba sobre todo sus atenciones para un señor rabio, bajito, escritor de algún talento, que colaboraba en uno de los periódicos más leídos de París, y que, por casualidad, había llegado á Lourdes aquella mañana.

¿No era un incrédulo á quien había que convertir, y una influencia y un reclamo que convenía utilizar? El doctor le obligó á sentarse en el otro sillón, y afectaba una sencillez risueña, dándole la gran representación, repitiéndole que no había nada que ocultar, pues todo pasaba en plena luz del día y en presencia de todo el mundo.

—No pedimos más que luz—decía una y otra vez.—no cesamos de provocar el examen de los hombres de buena voluntad.

Luego, como la pretendida cura de la sorda se presentaba muy mal, le dijo con aspereza:

—¡Vaya, vaya! No hay más que un principio... Vuelva usted.

Y añadió á media voz:

—A escucharlas, todas resultarían curadas. Pero no aceptamos sino curas probadas, manifiestas, claras como el sol... Observe usted que digo curas y no milagros, porque nosotros, los médicos, no nos permitimos interpretar; estamos aquí simplemente para atestiguar que los enfermos sometidos á nuestro examen, no ofrecen ninguna traza de enfermedad.

Se cuadraba, sacando á cuento su honradez: decía que no era más tonto ni más embustero que otro; que creía sin creer, sabiendo que en la ciencia, tan oscura y tan llena de sorpresas, lo imposible era siempre realizable. En los últimos años de su larga vida de médico, se había creado en la Gruta una situación aparte, que tenía sus inconvenientes y sus ventajas, pero, en suma, bastante tranquila y feliz.

Contestando á una pregunta del periodista de París, explicaba su manera de proceder Cada enfermo de la peregrinación llegaba con un expediente, en el cual figuraba casi siempre un certificado del médico que le asistía. A veces había certificaciones de médicos diferentes, boletines de hospitales, toda la historia del enfermo. De modo que si alguna cura se operaba, y la persona curada se presentaba á declararlo, bastaba examinar su expediente y leer las certificaciones, para saber la enfermedad que padecía y ver, por medio del examen, si el mal había desaparecido realmente.

Pedro escuchaba. Desde que se encontraba allí, sentado, en reposo, se iba calmando y recobraba sus facultades intelectuales. Lo único que lo incomodaba era el calor. Escuchaba atentamente las explicaciones del doctor Bonamy, y deseoso de formarse una opinión, hubiera tomado la palabra á no llevar el traje sacerdotal. Aquella sotana le condenaba á un retraimiento continuo.

Alegróse de oír al hombrecito rubio, al escritor influyente, formular las objeciones, que se presentaban al momento. ¿No era desastroso que un médico diagnosticase la enfermedad y otro médico atestiguase la cura? Indudablemente había allí una continua fuente de errores posibles.

Lo mejor hubiera sido que una comisión medica examinase á todos los enfermos, á su llegada á Lourdes, y redactase actas á que atenerse en cada caso de cura comprobado por la misma comisión.

Pero el doctor Bonamy contestaba, no sin fundamento, que una comisión no bastaría jamás para tan gigantesco trabajo. ¡Figúrense ustedes! Mil enfermos que examinar en una mañana. Y ¡qué de teorías diferentes! ¡Qué de discusiones! ¡qué de diagnósticos contrarios! ¡Cómo aumentaría la incertidumbre!

El previo examen de los enfermos ofrecía, efectivamente, las mismas causas de errores. En la práctica, había que atenerse á aquellos certifi-

cados expedidos por los médicos de los enfermos, que adquirían una importancia capital, decisiva.

Hojearon varios expedientes sobre una de las mesas, é hicieron leer algunas certificaciones al periodista de París. Muchas satisfacían poco á causa de su brevedad. Otras, mejor redactadas, especificaban claramente las enfermedades. Algunas firmas de médicos venían legalizadas por las alcadías de los pueblos. Pero subsistían innumerables dudas, invisibles. ¿Qué médicos eran aquellos? ¿Tenían la autoridad científica necesaria? ¿No habían cedido tal vez á circunstancias ignoradas, a intereses puramente personales? Se sentía uno tentado de abrir una infor mación sobre cada uno de ellos. Desde el momento que todo estaba basado en el expediente traído por el enfermo, hubiera debido proceder á una revisión minuciosa de los documentos, pues todo se hundía desde el momento en que una crítica severa no había establecido la absoluta certeza de los hechos.

Muy colorado, sudando, el doctor Bonamy se agitaba defendiéndose.

—¡Esto es, precisamente, lo que hacemos! ¡Esto es lo que hacemos Cuando un caso de curación nos parece inexplicable por las vías naturales, procedemos á una información minuciosa y rogamos á la persona curada que vuelva á que nos rodeamos de todas la luces posibles. Estos señores que nos escuchan son médicos, casi todos, que han venido de los puntos más opuestos de Francia. Les suplicamos que nos manifiesten sus dudas, que discutan los casos con nosotros, se extiende un acta muy detallada de cada sesión... Yo lo oyen ustedes, señores; protesten siempre que vean aquí algo que hiera en ustedes la verdad.

Ninguno de los presentes se movió ni despegó los labios. La mayor parte de los médicos que asistían al acto y que debían ser católicos, se inclinaron, naturalmente. Los demás, los incredulos, los sabios puros, miraban, fijaban su atención en ciertos fenomenos, se abstenían, por cortesía, de entrar en discusión, que después de todo hubiera resultado inútil; y cuando su malestar de hombres razonables aumentaba demasiado, cuando se sentían proximos á enfadarse, se marchaban.

De modo que nadíe dijo una palabra y el doctor Bonamy triunfó. Habiéndole preguntado el periodista si llevaba él sólo el peso de aquel enorme trabajo, contestóle:

—Absolutamente solo. Pero mis funciones de médico de la Gruta no son tan complicadas como usted se figura, pues consisten simplemente, como ya he dicho, en consignar las curas, cuando ocurren.

Sin embargo, rectifícose, algo, añadiendo con una sonrisita.

—¡Ah! Tengo á Raboin, que me ayuda á poner aquí un poco de orden.

Diciendo esto designaba á un hombrón de unos cuarenta años, de pelo grís, cara carnosa y mandíbula de perro dogo. Era un creyente exasperado, un exaltado que no consentía que nadie dudase de los milagros. Sus funciones en aquella oficina, le hacían sufrir mucho, pues apenas se discutía algún caso, rugía de cólera. El llamamiento al testimonio de los enfermos, de tal modo le puso fuera de sí, que el doctor tuvo que calmarlo.

—¡Vamos, amigo Raboin!—le dijo;—callese usted. Todas las opiniones sinceras tienen derecho á manifestarse.

Los enfermos iban desfilando. Introdujeron un hombre con un eczema que le cubría todo el tronco. Cuando se sacaba la camisa! caía de su piel una harina grís. No estaba curado; únicamente afirmaba que venía cada año á Lourdes, volviéndose cada vez aliviado.

Entró luego una señora condesa, de una flaqueza espantosa, cuya historia era extraordinaria. Curada siete años atras por la Santísima Virgen, de una tuberculosis, tuvo cuatro hijos, y después volvió á ponerse tísica; ahora se presentaba morfinomana, pero aliviada ya por su primer baño; tanto, que se proponía asistir por la noche á la procesión, con las veintisiete personas de su familia que la acompañaban.

Pasó después una mujer atacada de afonía nerviosa, la cual, después de una porción de meses de mudez absoluta, acababa de recobrar súbitamente la voz, en el momento de la procesión de las cuatro, mientras pasaba el Santísimo Sacramento.

—Señores—declaró el doctor Bonamy, con la afectada complacencia de un sabio de ancho criterio;—ya saben ustedes que no consignamos el caso, desde el momento que se trata de una afección nerviosa. Sin embargo, tengan ustedes en cuenta que esa mujer ha estado cuidada durante diez meses en la Salpetrière, y que ha tenido que venir aquí para ver desatarse su lengua de sopetón.

Estaba algo impaciente, porque hubiera querido ofrecer al señor de París un caso importante, como solían presentarse durante aquella procesión de las cuatro; hora de gracia y de exaltación, en la que Santísima Virgen intercedía por sus elegidos.

Hasta entonces, las curas que habían desfilado, eran dudosas y carecían de interés.

Oíase fuera gran ruído de pasos y la confusión de voces de la muchedumbre que entonaba cánticos, febril, exasperada por la necesidad de lo divino, enervándose cada vez más en la espera.

Acababa de entrar una niña, risueña y modesta, con ojos claros, muy vivos, brillando de inteligencia.

—¡Ah!—exclamó alegremente el doctor—aquí viene nuestra amiguita Sofía.... Una cura notable, señoras, pue aconteció en esta misma época, el año pasado, y cuyos resultados voy á tomarme la libertad de enseñar á ustedes.

Pedro reconoció á Sofía Couteau, que había subido en su compartimiento, en Poitiers; y asistió á una repetición de la escena que ya se había representado delante él. El doctor Bonamy daba ahora las expli

caciones más detelladas al hombrecito rubio, que escuchaba muy atento: una cáries del hueso del talón izquierdo, un principio de necrosis que necesitaba la resección, una llaga horrorosa, echando pus; todo curado en un minuto, á la primera inmersión en la piscina.

—Sofía, cuente al señor....

La muchacha hizo el gracioso gesto que reclamaba la atención.

—El caso es que mi pie estaba perdido; ya ni siquiera podía yo ir á la iglesia, y siempre tenía que llevarlo envuelto en trapos, porque chorreaban cosas que daban asco.... El ssñor Rivoire, el médico, que había dado un corte para ver dentro, decía que tendría necesidad de cortar un pedazo del hueso, lo que seguramente me hubiera dejado coja. Entonces, después de haber rogado muchó á la Santa Virgen, fuí á meter mi pie en el agua, con tal deseo de curar, que ni siquiera me entretuve en quitarme los trapos. Y todo se quedó en el agua; cuando saqué el pie, ya no tenía nada absolutamente.

El doctor Bonamy seguía y aprobaba cade palabra, con un movimiento de cabeza.

—A ver, Sofía, repitanos usted las palabras de su médico.

—En nuestro queblo, cuando el Sr. Rivoire volvió á ver mi pie, dijo: «Que la haya curado Dios ó que la haya curado el diablo, á mí no me importa; lo cierto es que la niña está buena.»

Rióse toda la sala. La expresión era de un efecto seguro.

—¿Y lo que usted dijo á la condesa, la directora de su sala?

—¡Ah! sí... No había llevado conmigo muchos trapos, para mi pie, y le dije: «La Santa Virgen, ha tenido la bondad de curarme el primer día, porque el siguiente iba yo á acabar mí provisión.»

Riénronse de nuevo, pues causaba una satisfacción general verla tan graciosa, recitando con alguna afectación su historia, que se sabía al dedillo, pero muy simpática con su oire verídico.

—Sofía, quitese usted el zapato y enseñe el pie á estos señores... Tienen que tocarlo, para que nadie pueda dudar.

Prontamente apareció el pie, muy limpio y muy blanco, cuidado con esmero, presentando la cicatriz encima del tobillo; una larga cicatriz, cuya costura blanquecina atestiguaba la gravedad del mal.

Algunos médicos se acercaron y miraron en silencio. Otros que sin duda estaban previamente convencidos, no se molestaron. Uno de éstos, con mucha cortesía. preguntó por qué la Virgen no hizo un pie nuevo, puesto que lo mismo le costaba.

El doctor Bonamy contestó vivamento que si la Virgen dejó aquella cicatriz, fué sin duda para que existiese una traza, una prueba del milagro. Entró en detalles técnicos, demostrando que un fragmento de hueso y parte de la carne habían tenido que ser reconstuídos instantáneamente, lo que no tenía explicación por las vías naturales.

—¡Pues, señor!—interrumpió el hombrecito rubio;—no hace falta

tanto. Que me enseñen simplemente un dedo con un corte de cuchillo, que salga cicatrizado del agua; el milagro será tan grande como cualquier otro, y yo me declararé convencido.

Luego añadió:

—Si yo tuviese una fuente que restañase así las llagas, revolucionaria al mundo. No sé cómo me las arreglaría, pero yo llamaría á todos los pueblos, y los pueblos no dejarían de venir. Haría comprobar los milagros con tal evidencia, que yo sería el amo de la tierra. ¡Figúrese usted un poderío extraordinario, enteramente divino!... Pero sería menester que no quedase el menor asomo de duda' que la verdad brillase como el mismo sol. El mundo entero vería y creería.

Luego discutió con el doctor los medios de revisión. Había admitido que no podían examinar á todos los enfermos, en el momento de llegar Pero, ¿por qué no creaban, en el Hospital, una sala especialmente reservada á las llagas visibles? De esta manera, habría, á lo sumo, unos treinta casos, que someter al examen previo de una comisión. Estenderíanse actas, y se fotografiarían las llagas. Y si después se producía alguna cura, la comisión no tendría más que hacerla constar en una nueva acta. No se trataría ya de ninguna enfermedad interna, de difícil diagnóstico, siempre discutibil. Los casos serían evidentes.

Algo embarazado, el doctor Bonamy repetía:

—Sin duda, sin duda; no queremos más que luz, mucha luz.... Lo difícil sería formar esa comisíon. Si viera usted lo poco que se entiende.... Pero, en fin, no es mala idea.

Vino á sacarle del apuro una nueva enferma. Mientras Sofía Couteau se calzaba, ya olvidada, apareció Elisa Rouquet con su faz de monstruo, que eshibió quitándose la manteleta. Contó que, desde por la mañana, se había estado dando lociones con trapos mojados en la fuente, y que le parecía que su llaga, antes tan viva, empezaba á secarse y á palidecer.

Y era verdad. Pedro observaba, con sorpresa, que su aspecto era menos horrible. Aquella fué un nuevo alimento para la discusión sobre las llagas visibles, porque el hombrecito rubio se obstinaba en su idea de la creación de una nueva sala especial. Si aquella misma mañana hubiesen examinado el estado de la muchacha, y después curarse, ¡qué triunfo para la Gruta, el de haber curado un lupus! No sería posible negar el milagro.

Hasta entonces, el doctor Chassaigne había permanecido apartado, inmovil y mudo, como si hubiese querido que los hechos obrasen por si solos en el espíritu de Pedro. Inclinóse bruscamente para decirle al oído:

—¡Las llagas visibles, las llagas visibles!... Ese señor no sabe que en el día, nuestros sabios médicos sospechan que muchas de esas llagas tienen un origen nervioso. Descúbrese que se trata simplemente de una mala nutrición de la piel. Todas esas cuestiones de la nutrición, se estu-

dian aún tan poco.... Y se llega á probar que la fe que cura, puede curar perfectamente las llagas, y entre ellas ciertos lupus.

Dígame usted, pues, que certeza obtendría ese señor, con su famosa sala de las llagas aparentes. Un poco más de confusión y de pasión en la eterna disputa.... ¡No, no! La ciencia es vana; es la madre de la incertidumbre.

Sonrióse dolorosamente, mientras que el doctor Bonamy recomendaba á Elisa Rouquet que continuase con sus lociones y volviese cada día á hacerse examinar.

Luego repitió, con su aire prudente y afable:

—En fin, señores, hay un principio de curación; no cabe duda.

Pero la oficina fué de pronto revolucionada. La Grivota entró como un torbellino, brincando y gritando á voz en cuello;

—¡Estoy curada! ¡Estoy curada!

Refirió que al principio no quisieron bañarla; que solo después de insistir, suplicar y sollozar mucho, se decidieron á hacerlo, mediante un permiso formal del padre Fourcade.

Y sucedió lo que ella había dicho de antemano. Aún no hacía tres minutos que estaba metida en el agua fría, sudando y respirando con su ronquera de tísica, cuando sintió recobrar las fuerzas, como si hubiese recibido un gran latigazo en todo el cuerpo. Estaba poseida de una exaltacion que la hacía brincar de alegría, sin poder estarse quieta un instante.

—¡Estoy curada, señores.... ¡Estoy curada!

Pedro la miraba estupefacto. ¿Era la misma muchacha que había visto la noche anterior anonadada en el banco del vagon, tosiendo y esputando sangre con la faz terrosa? No la reconocia derecha, animada, con las mejillas encendidas, los ojos centelleantes, con una voluntad y una satisfacción de vivir que la tenian como electrizada.

—Señores—declaró el doctor Bonamy:—el caso me parece muy interesante.... Vamos á ver....

Pidió el expediente de la Grivota. Pero entre la acumulacion de papeles, no lo encontraban. Los secretarios, jovenes seminaristas, lo revolvían todo. Fue preciso que el jefe del servicio de las piscinas, que estaba sentado en medio de la sala, se levantase á buscar la documentacion en los estantes.

Por fin, cuando se hubo vuelto á sentar, descubrio al espediente debajo de un registro que tenía abierto delante. Contenía tres certificaciones de médico, que él mismo leyó. Los tres diagnosticaban una tisis adelantada, á la cual daban un carácter particular los accidentes nerviosos.

El doctor Bonamy movió la cabeza, como diciendo que el caso no ofrecía ninguna duda. Luego auscultó lentamente á la enferma, después de lo cual murmuró:

—No oígo nada.... No oígo nada....

Retúvose y dijo:

—O casi nada.

Después se volvió hacia los veinticinco ó treinta médicos que estaban allí silenciosos.

—Señores, si alguno de ustedes quiere ayudarme con sus conocimientos.... Estamos aquí para estudiar y discutir.

De pronto, ninguno se movió. Luego hubo uno que quiso cerciorarse por si propio. Auscultó á su vez á la enferma, pero sin pronunciarse. Reflexionaba, moviendo con incertidumbre la cabeza. Finalmente, murmuró que, á su juicio, había que quedarse en expectativa.

Otro le reemplazó en seguida, y fué categórico. No oia nada. Aquella mujer no había estado nunca tísica.

Siguieronle otros; en fin, todos acabaron por desfilar, excepto cinco ó seis, que permanecian mudos y sonrientes.

La confusión llegó à su colmo. Cada cual emitía su opinión, diferente de las demás. Llegó un momento en que nadie se entendía.

El padre Dargelés era el úuico que conservaba una calma absoluta y serena, porque había olfateado uno de esos casos que apasionan á todo el mundo y glorifican á Nuestra Senora de Lourdes. Ya estaba él tomando notas en un ángulo de la mesa.

Entonces, merced al confuso vocerío, Pedro y el doctor Chassaigne, pudieron hablar aparte sin ser oídos.

—¡Oh! ¡Que piscinas las que acabo de ver, donde al agua se renueva tan raras veces! ¡Que porquería! ¡Que caldo de microbios!... ¡Ah! La manía, el furor de precauciones antispeticas que hoy se toman, ¡buen golpe llevan ¿Como se explica que una misma peste no acabe con todos los enfermos? ¡Como deben reirse los adversarios de la teoría microbiana!

El doctor le hizo callar.

—No, no, hijo mío... Si bien es verdad que los baños no son muy limpios también es cierto que no ofrecen peligro alguno. Tenga usted en cuenta que el agua no pasa de diez grados, y que se necesitan 25 para el cultivo de los gérmenes. Además, no suelen venir á Lourdes enfermedades contagiosas, ní el cólera, ni el tifus, ni las viruelas, ni el sarampión, ni la escarlatina. No vemos más que ciertas enfermedades orgánicas; parálisis, escróbulas, tumores, úlceras y abscesos, el cáncer, la tisis; y ésta no es transmisible por el agua de los baños. Las viejas llagas que ellos se remojan, no corren ni ofrecen peligro de contagio.... Yo le aseguro á usted que sobre este particular, la Santa Virgen no tiene necesidad de intervenir.

—Pero, doctor; cuando usted tenía servicio de enfermos, ¿los hubiera zambullido á todos en agua fría, sin exceptuar á las mujeres, en cualquier época del mes, é inclusos los reumáticos, los cardíacos y los

tísicos?... ¿Hubiera usted bañado á esa infeliz muchacha, medio muerta, cubierta de sudor?

—No, por cierto. Hay medios heroicos, que por lo común no se atreve uno á emplear. Un baño frío puede ciertamente matar á un tísico; pero ¿quién sabe si, en ciertas circunstancias, puede salvarlo? Yo, que he acabado por admitir que aquí obraba un poder sobrenatural, convengo en que deben operarse curas, naturalmente, gracias á esa inmersión en el agua fría, que nos parece imbécil y bárbara.... ¡Ah! ¡Cuántas cosas ignoramos! ¡Cuántas cosas!....

Y renacía en él su cólera y su odio contra la ciencia, que despreciaba, desde que lo había dejado atónito é impotente, ante la agonía de su mujer y de su hija.

—¿Quiere usted certezas? No será la medicina la que se las dé.... Escuche usted un instante á esos señores y quedará edificado. ¡Qué bella confusión!

Claro es que hay enfermedades que conocemos admirablemente, hasta en las menores fases de su evolución; cierto es, hay remedios cuyos efectos se han estudiado con el cuidado más escrupoloso; pero lo que no se sabe, lo que no puede saberse, es la relación del remedio con la enfermedad; porque tantos enfermos, tantos casos, y cada vez la experiencia se renueva. Por esto la medicina es un arte; porque no puede tener un rigor experimental. La curación depende siempre del acaso, de alguna circunstancia feliz, del genial hallazgo del médico...: Las personas que vienen aquí á discutir, me mueven á risa cuando hablan en nombre de las leyes absolutas de la ciencia. ¿Dónde están esas leyes, en medicina? ¡Qué me las enseñen!

Quería callar, pero le arrastró el apasionado entusiasmo por su tésis.

—Ya he dicho á usted que me he vuelto creyente.... Pero comprendo que ese excelente doctor Bonamy no se conmueva mucho y llame á los médicos del mundo entero para estudiar sus milagros. Cuantos más médicos haya, menos se aclarara la verdad, en medio de la batalla de diagnósticos y de métodos de tratamiento. Si no se entendien acerca de una llaga visible, ¿cómo quiere usted que se entendian sobre una lesión, interna, que unos niegan y otros afirman? ¿Por qué no habían de ser todo milagros entonces? Porque en el fondo, tanto si es la naturaleza como una causa oculta la que obra, los médicos quedan con frecuencia pasmados, en presencia de terminaciones raramente previstas.

Es claro; las cosas están aquí muy mal organizada. Esos certificados de médicos desconocidos no tienen valor alguno, á decir verdad. Se necesitaría una severísima revision de los documentos. Pero no sea usted cándido; por absoluto que fuese el rigor científico, nunca llegarían á convencerse todos. El error está encarnado en el hombre, y no hay trabajo más heroico que el de establecer una verdad, por pequeña que sea.

Pedro empezó entonces á comprender lo que pasaba en Lourdes; dábase cuenta, por fin, del extraordinario espectáculo á que asistía el mundo; hacía tantos años, entre la adoración devota de los unos y la risa insultante de los otros.

Indudablemente obraban fuerzas mal estudiadas, desconocidas: autosugestión, agitación preparada de larga fecha, entusiasmo del viaje, oraciones y cánticos, exaltación creciente; y sobre todo, la corriente curativa, el poder desconocido que se desprendía de las muchedumbre, en la crisis aguda de la fe.

Parecíale poco inteligente creer ya en supercherías. Los hechos eran á la vez mucho más elevados y mucho más sencillos. Los padres de la Gruta no tenían necesidad de descender á mentiras; bastabales ayudar á la confusión y utilizar la universal ignorancia.

Hasta se podía admitir que obraban todos de buena fe: los médicos sin genio que extendían certificados; los enfermos consolados que creían haber recobrado la salud; los testigos apasionados que juraban haber visto el milagro.

De todo lo cual resultaba la evidente imposibilidad de probar si el milagro era ó no era. Y entonces, ¿no se convertía este en una realidad, para la mayor parte de los creyentes, para todos los que sufrían y necesitaban esperar?

Al verlos hablar aparte, el doctor Bonamy se acercó á ellos, y Pedro le preguntó:

—¿En qué proporción se producen aproximadamente las curas?

—El diez por ciento—contestó el médico.

Y leyendo en los ojos del joven sacerdote lo que este no podía decir, añadió con acento bondadoso y aire ingenuo:

—¡Oh! Pero obtendríamos más, si las escuchásemos; todas estarían curadas. Sépalo usted; yo no estoy aquí sino para ejercer la policía de los milagros.

Mi única misión es refrenar los celos excesivos evitando que las cosas santas caigan en el ridículo. En suma, mi oficina no es más que un negociado de legalización, donde pongo el visto bueno cuando las curas comprobadas me parecen serias.

Pero fué interrumpido por sordos refunfuños. Raboin se enfadaba.

—¡Las curas comprobadas!... ¡Las curas comprobadas!... ¿Para qué? El milagro es continuo... Para los creyentes, ¿qué necesidad hay de comprobarlos? No tienen más que inclinarse y creer. En cuanto á los incrédulos, ¿de qué sirve? Jamás se les convencerá... Lo que hacemos aquí, no son más que tonterías.

El doctor Bonamy le ordenó severamente que se callase.

—Raboin, es usted un revoltoso. Diré al padre Capdebarthe que no le quiero más conmigo, porque siembra la desobediencia.

Sin embargo, tenía razón aquel hombre que enseñaba los dientes, dispuesto siempre á morder, cuando le herían en su fe. Pedro le miró